

Zabaldu, bai, zabaldu  
Eguzki ederra,  
Zure errañu oyek  
Itsaso aldera.

Echetikan joanak  
Datozen atzera  
Beren familiyei  
Ogiya sortzera.

¡O Bonanza-ko Jauna!  
Zure arpegiya  
Gorde etzaiguzula,  
Ez, Jainko aundiya:

Zurea izan bedi  
Pasaya-ko erriya,  
Batez ere zaduzkan  
San Juan egiya.

Begira zar ta gazte  
Ezkondu ta alargun;  
Ara zenbat ezkon-gai  
Aurrian dauzkatzun.

Salba zazu Pasaya,  
Egiyezu lagun,  
Salba zazu Pasaya  
Gloriya zaitzagun.

MIGEL ANTONIO IÑARRA-K.

---

## LA ESTATUA DE TRUEBA

---

Fué Trueba el poeta amado de sus paisanos, cantor de la dulce y á la par vigorosa y abrupta Naturaleza del país basco. Si habeis leído las descripciones que Trueba hizo de la tierra hasta la cual llegaron las bélicas estrofas del *Altabiscar* y las notas lastimeras de la bocina de Roldán, seguramente habréis adivinado el tipo moral del poeta, dulce como los que nos pinta en sus cuadritos de costumbres, sonriente cual los valles, cubiertos de eterna verdura de aquella tierra hermosísima, franco, cándidamente franco y noble como la raza de que procedía. Por la mente de Trueba no pasaron jamás las nubes tempestuosas que traen consigo la duda, el conocimiento de los pavorosos y distintos problemas que agitan la sociedad moderna. No agitaron su corazón los deseos de las grandes ambiciones. No amenguaron sus cariños por la tierra que le vió nacer, ingraticudes de sus conterráneos. No detuvieron la pluma con que su mano pintaba los paisajes y las cos-

tumbres de su pequeña patria, ni la envidia, ni el desdén, ni la indiferencia.

Pensando en todo esto, pudo modelar Benlliure aquella cabeza, en cuyo rostro se refleja de maravilloso modo la tranquilidad espiritual de un hombre feliz, ¿de poeta que ama?, no, que adora el espectáculo que ante sus ojos desarrolla una Naturaleza espléndida, que le embriaga con sus perfumes, que le extasia con sus colores, que le acaricia con sus brisas, que le transporta con su grandiosidad. Benlliure tiene el don de sorprender los rasgos más característicos de la fisonomía moral del modelo, con la misma seguridad que dibuja las facciones del tipo físico. Mirad con atención la cabeza de aquella soberbia estatua sedente, y veréis cómo del poeta se refleja en la faz la íntima satisfacción que siente, embebecido en el espectáculo de una tarde serena en sus montañas, ó en el de una escena campesina.

Allí está, sentado en un banco rústico; sonriente, fija la vista en un punto inconcreto del espacio, en un paisaje acaso, de suave coloración como los que él pinta. Apoya el brazo izquierdo, en cuya mano soberanamente modelada, se ven unas cuartillas, en el respaldo del banco, y ha dejado caer el brazo derecho y apoya la mano, que sostiene un lápiz, sobre el muslo. Trueba está retratado, mejor dicho, sorprendido por el genio del escultor valenciano, en uno de esos momentos en los cuales la vida toda del espíritu parece como si no tuviera más que un objeto en que emplearse, y ese objeto fuera el de un cariño tan intenso como templado y dulce.

No; yo no sé, no, encontrar un solo defecto á esta obra, que considero la más hermosa de cuantas ha producido la escultura española contemporánea hace años, muchos años. Yo no me canso de contemplar aquel hombre de bronce, prodigiosamente hecho por la inspirada fuerza creadora del primero de nuestros escultores. Momentos llegan, durante mi contemplación, en que espero á que Trueba se levante, á que Trueba me hable. Aquella cabeza está esculpida con el pensamiento. Aquellos ojos ven; aquella cara sonríe con bondad; bajo la epidermis de aquella faz y del cuello corre la sangre, como bajo el rudo borceguí de campo que calza el poeta, está el pie; como bajo aquella americana y aquel grueso pantalón, un cuerpo robusto y varonil.

Muchas veces he comparado á Mariano Benlliure con el eximio Echegaray, en los recursos que el genio de ambos encuentra siempre

para lograr que en sus obras sepan el público y la crítica perdonar la inverosimilitud, la falsedad, la desproporción ó el desdibujo, en gracia de un pensamiento, de una frase, de una escena, de un movimiento lleno de majestad, de una cabeza arrogante, de una idea original. Pero en la estatua de Trueba no hay un solo efectismo, no hay el recuerdo de «manera» alguna; todo es allí sentido; todo es allí verdad; todo es allí arte noble, sin que tranquila ni marrullería de ningún género vayan á detener un instante esa corriente de misteriosa y suave emoción estética que se establece entre la prodigiosa obra de arte y el espectador.

Termino aquí este artículo, que más que artículo de crítica es una manifestación del entusiasmo que me ha producido la vista de la última obra del escultor valenciano.

Los talleres de Masrera, de Barcelona, merecen un aplauso por la admirable fundición de la estatua citada.

R. Balsa de la Vega.



Quince años hacía que el premio de honor era en nuestras Exposiciones el mayor triunfo reglamentario á que nuestros artistas podían aspirar. Obtúvolo entonces el ilustre arquitecto D. Juan Madrazo por sus trabajos para la restauración de la bellissima catedral de León. Hoy, ese premio, que aparecía como un ideal inasequible, ha sido otorgado al insigne escultor Mariano Benlliure por el mérito extraordinario de su estatua de Trueba, estatua animada por placido y grandioso espíritu.

